

novela. Ya he dicho que este género se orientaba entonces hacia la naturalidad y la verdad.

Lesage siguió en un principio este ejemplo, al componer el *Diablo cojuelo* en 1707¹. El Diablo cojuelo, Asmodeo, recompensa al caballero Cleofás que ha roto el frasco en que le tenía encerrado un alquimista; le hace ver todo lo que pasa en las casas de Madrid, es decir de París.

La situación es muy cómoda y elástica. Durante los dos volúmenes vamos mirando lo que pasa bajo los techos de las casas, y el diablo nos descubrió todas las ridiculeces de la humanidad. La novela carece de plan y acaba sin fundamento, porque podría acabarse sin ningún inconveniente antes ó después. Está formada por una serie de bastidores. Lesage puso en sus cuadros tanta verdad que puede decirse que es el diario de los pequeños escándalos parisienses de la época. Es la respuesta más perentoria que se puede dar á los españoles que pretenden reconocer en el *Diablo cojuelo* una traducción de la misma obra de Guevara del que tomó muy poca cosa². Hasta pudo no tomarle nada, porque lo que principal y únicamente agradó en su libro fueron las anécdotas, indiscreciones y cuentos de la vida de París. Fué un éxito extraordinario. Dos caballeros se disputaron espada en mano el último ejemplar de la primera edición, y Boileau se incomodó con su lacayo porque se ocultaba para leer el *Diablo cojuelo* en lugar de limpiar las sillas. En casa del librero Barbin se llevaban la novela en pliegos si no estaba aún encuadernada, lo cual hacía decir « ¡Pobre Asmodeo! ¡ni siquiera le dejan tiempo para vestirse! »

Aun hoy día es un libro excelente, ingenioso y divertido, y sobre todo escrito en un estilo de pureza y limpidez admirables. El lado flaco es la composición. Es una sarta de relatos, un rosario de historietas enlazadas entre sí por un hilo invisible. El autor va tropezando de una anécdota en otra.

El *Diablo cojuelo* es la primera novela de Lesage y hasta puede decirse que es su única novela, pues la volverá á hacer con otras formas; pero en ella se encuentran ya todos los caracteres que han de distinguir á sus futuras novelas. Es á la vez el principio y el resumen de su carrera de novelista.

Imitación libre del español, alusiones contemporáneas, estilo límpido, ingenio natural y falta de composición; tales son los caracteres del *Diablo cojuelo* y tales los que se observan en las demás obras.

Después de *Turcaret* pasaron seis años sin que Lesage publicase nada. Se hallaba ocupado y acaparado por el teatro de la Feria.

1. Lesage no compuso, sino arregló y tradujo *El Diablo cojuelo* de Vélez de Guevara (1570-1644). (N. del T.)

2. La teoría es verdaderamente extraordinaria. Si Guevara no hubiera concebido la idea feliz y el plan del *Diablo*; cómo se hubiera arreglado Lesage para desarrollar su ingenio? No se puede bordar sin tener tela ó cañamazo. (N. del T.)

En 1715 habitaba en el muelle del Reloj en el Sol de Oro. Allí, y en aquel año, acabó y publicó el primer volumen de su grande é inmortal obra maestra, *Gil Blas de Santillana*, que apareció en tres veces; en 1715, del libro primero al sexto; en 1724 del séptimo al noveno, y en 1735 del décimo al duodécimo.

Antes de hablar de la obra, hay que decir una palabra de lo que se ha llamado la *cuestión de Gil Blas*. Esta cuestión consiste en saber si *Gil Blas* es ó no una novela francesa. Porque lo que no ofrece duda para nosotros no es apreciado del mismo modo en el extranjero, especialmente en España, donde se ha pretendido con frecuencia que Lesage se contentó con traducir un *Gil Blas* español. Desgraciadamente para los destructores de Lesage, jamás han podido mostrar ni publicar el supuesto original copiado por el traductor. Les hubiera costado algún trabajo, porque no existe en ninguna parte ni ha existido jamás. *Gil Blas* está demasiado relleno de anécdotas y de tipos parisienses para que pueda ofrecer la menor duda. Es cierto que hay en español una traducción de la novela de Lesage por el P. Isla con este título picante: *Aventuras de Gil Blas de Santillana hurtadas á España, apropiadas á Francia por el Sr. Lesage y restituidas á su lengua y á su patria naturales por un español celoso que no permite que se burlen de su nación*. Esto no es en manera alguna una prueba, pues, más que esta traducción, hubiera valido la simple publicación del original castellano si es que existía.

El tal P. Isla tiene procedimientos de discusión muy divertidos. Declara que con respecto á los que no son de su opinión, adopta « la actitud del mastín que, al oír á los gozquejos que ladran tras él, alza la pata, los inunda y sigue su camino » (1797). No ha demostrado absolutamente nada.

Á principios de este siglo, habiendo hecho el romanticismo que se fijase nuevamente la atención en España, se volvió á hablar del *Gil Blas*. Víctor Hugo defendió á Lesage en una memoria más curiosa que demostrativa. Patin, Audiffret y Saint-Marc Girardin escribieron excelentes elogios premiados por la academia. El español Llorente respondió con un trabajo metódico que denota una lectura minuciosa del *Gil Blas*, pero no aduce muy sólidos argumentos, porque no es probar el origen español de *Gil Blas* el afirmar, como él lo hace, que sólo un español pudo haber empleado nombres y palabras españolas como *señora*, *señorita*, *la pasada de los representantes*, hispanismos afrancesados como *Dios sea loado*; *Doy á vuestra merced muy humildes gracias*, lo cual no es enteramente español; por haber sabido que en España se viaja en mulas y que los empleados de los ministerios en Madrid almuerzan al mediodía. Con argumentos de esta índole pretende Llorente demostrar su tesis y hacer ver en el *Gil Blas* de Lesage una traducción de cierta novela es-

pañola de Solís que nadie ha logrado ver. No reanudaremos aquí esta discusión que ya hemos desarrollado ampliamente en otro lugar y cuyas conclusiones en favor de la completa originalidad de *Gil Blas* no han tenido contradictores. La verdad es que hay en la novela de *Gil Blas* numerosas reminiscencias de aventuras esparcidas en las novelas picarescas y en las comedias de la literatura española. En eso mismo que Lesage imitó, y en la historia del mancebo barbero, tomaba del *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, así como en el episodio del mendigo de la escopeta, del parásito y en otros muchos, puede Lesage, como Corneille, Molière, Scarron y La Fontaine, declarar sus deudas; su imitación no es nunca servil; embellece lo que toca y el sabor esencialmente francés de su estilo asegura su perfecta originalidad. Los indicados pasajes son por lo demás raros y abundan mucho más aquellos en que se ve con evidencia que Lesage no pudo tomar nada de los autores españoles del siglo, por la sencilla razón de que hace una pintura de la sociedad parisiense del siglo XVIII, que no pudieron conocer, ni sospechar Abogado Constantín, Antonio de Solís y los demás supuestos modelos de nuestro escritor¹. Ahora bien, el *Gil Blas* es una novela de clave. Cuántos originales parisienses se hallan copiados en los tipos de Lesage, como Triaquero, que es Voltaire, Guyomar en quien los contemporáneos reconocían al rector Dagoumer; Sangrado, Oquetos y Andros, médicos famosos bajo cuyos falsos nombres veía todo el mundo á los Doctores Hocquet y Andry. El actor Carlos Alonso de la Ventolería, señor de la Fanfarroñada, en quien todo el mundo reconocía al actor Baron. La marquesa de Chaves, que es la marquesa de Saint-Lambert y tantos otros papeles cuya clave era fácil de adivinar. En esto nada tenía que ver España.

Menos aún tiene que ver en la forma y expresión muy personales y especiales de Lesage. Su estilo sólo merece alabanzas y las que recibe *Gil Blas* de todos los ministros que le dan memoriales que redactar, van directa y legítimamente á su historiador.

El duque de Lerma declara á *Gil Blas*: « No solamente escribes con toda la nitidez y precisión que yo deseaba, sino además encuentro tu estilo ligero y regocijado ». Y más tarde, el mismo rey, « á quien el duque había hablado muy ventajosamente de mi estilo, tuvo curiosidad

1. El autor trata esta cuestión con alguna ligereza. El primero de todos Voltaire, en su *Siglo de Luis XIV*, á pesar de sus escasas simpatías hacia España, declaró que *Gil Blas* estaba sacado en gran parte de la *Vida del Escudero Marcos de Obregón*. Cuando Neufchâteau trató de reivindicar la originalidad de Lesage, le contestó con mucho acierto el español Llorente ya citado, y el alemán Tieck, traductor de la obra de Espinel, después de un concienzudo análisis declara que, aparte las cualidades características del ingenio francés (ligereza, gracia é ironía) todo es de casa ajena en el *Gil Blas*. Por último, un discreto y competente profesor francés, Sr. Baret, reconoce hasta diez pasajes en que Lesage tradujo á Espinel. Y ¿quién sabe si, además de las novelas ya conocidas, dispuso Lesage de otros originales manuscritos. La literatura española no está explorada todavía. Hace pocos años pudo publicar el Sr. Cotareló una novela picaresca *El Lazarillo de Manzanares*, que probablemente no será la única en su género. En resumen, nadie puede negar que la obra maestra de la novela en Francia *Gil Blas* es española por su asunto, costumbres, personajes y lugar de la escena. (N. del T.)

de ver una muestra: « El conde de Olivares no se expresa de otro modo — ¿Sabes que acabas de escribir un trozo digno de un consejero de Estado? No me admiro ya de que el duque de Lerma se valiese de tu pluma. Tu estilo es conciso y hasta elegante, pero lo encuentro demasiado natural. »

Semejantes alabanzas son muy merecidas.

Carlos Nodier desafiaba, espada en mano, al que se atreviese á afirmar que *Gil Blas* no es la obra maestra de la lengua francesa. En efecto, es un estilo puro, enemigo del preciosismo y del énfasis, con toda la arrogancia de la gran frase del siglo XVII y al mismo tiempo con la vivacidad de las frases cortas y ligeras del siglo XVIII; nótese en él una amable y deliciosa erudición que ostenta una sonrisa maliciosa, que siembra diestramente hispanismos para dar vigor al color local; que hace descripciones muy extensas en una época en que no se abusaba de ellas y que deja mayor espacio á la vida material y vegetativa, á las comidas y á los incidentes vulgares del día, como si sus personajes pretendiesen afirmar su existencia, exclamando con la boca llena: « Como, luego soy »; un arte exquisito para indicar los gestos y actitudes del que habla llega ó pasa; una naturalidad muy viva en el diálogo y en el monólogo y gran número de pensamientos y máximas llenos de observación y buen sentido, que esmaltan el relato: tales son algunas de las más notables cualidades de esta obra maestra.

Seguramente se resiente de floja y poco sólida; es un desfile de aventuras que podría continuar, cuando el autor lo corta, y cuya unidad y cohesión son debidas á artificios, reconocimientos, recuerdos y alusiones; hay muchos relatos intercalares que interrumpen la novela y durante ellos *Gil Blas* se sienta, escucha y deja de hablar.

Pero ¿qué de cualidades compensan esta ligera flaqueza! ¿qué intensidad de vida y de verdad en los personajes! : Fabricio, el literato, el orador de café, el decadentista, el héroe de Murger que muele los colores en casa de un pintor, lleva las cuentas á un administrador de hospital, se hace silbar en el teatro, vive completamente sin cuidado, desdeñoso de la fortuna que le paga sus desdenes, ha errado su camino y va encontrando á su amigo *Gil Blas* en cada una de sus etapas hacia el éxito, como para señalar mejor la distancia que va agrandándose progresivamente entre el privilegiado y el que tiene mala suerte; Rafael, el aventurero ingenioso y atrevido. Escipión, el esclavo fiel, abnegado, listo y jovial que había dicho mucho antes que Figaro: « Si dependiera de mí, sería hijo de un grande de primera clase, pero nadie escoge á su padre ». Ochenta años más tarde, Beaumarchais debía sublevar al pueblo lanzando por boca de Figaro este desafío á las preocupaciones nobiliarias: « Si el cielo hubiera querido, yo sería hijo de un príncipe. »

¿ Debemos recordar también al terrible capitán de ladrones Rolando,

al excelente señor Alfonso de Leiva y á su mujer Serafina, y toda aquella multitud abigarrada, hormigueante y animada, á los grandes señores y á sus lacayos, á los canónigos, al arzobispo de Granada, á los posaderos á los muleteros, alguaciles y chamarileros: todo un mundo en pequeño.

En el primer plano se destaca joven, dispuesto, con mirada viva y frente inteligente, Gil Blas, héroe futuro de tantas fortunas y aventuras; carácter amable, hábil, poco inclinado al desaliento, filósofo, honrado en el fondo, pero que se adapta á las circunstancias y no parece dispuesto á hacerse matar por su príncipe. Cuando refiere su vida al duque de Lerma, éste le responde: «Vamos, hijo mío, has salido del paso sin gran daño, y me admiro de que el mal ejemplo no te haya perdido por completo. ¡Cuántas personas honradas se trocarían en grandes bribones si la fortuna las sometiese á las mismas pruebas!».

Gil Blas no es ni un héroe ni un bribón. En el tiempo en que salió al público, su historia era la de un noble y en aquel tiempo no era motivo de asombro. No era raro salir del fondo de su aldea para llegar muy alto.

La época del campesino enriquecido suministraba á las novelas de este género ejemplos frecuentes. Luis XIV tenía como principio escoger sus acólitos, sus consejeros y ministros entre el pueblo, como lo demuestran los brillantes ejemplos de Colbert y de Tellier. Excitado su apetito, el pueblo continuó elevándose bajo la regencia, con tanta más facilidad cuanto que se mostraba menos delicado respecto á la naturaleza de los procedimientos que debería emplear ó de las ocupaciones que podía aceptar. Francia tuvo, como en otro tiempo Roma, su reinado de los libertos. La fortuna, la influencia, el poder, los cargos elevados y hasta la consideración eran el precio á que hacían pagar las porquerías á que se sometían para salir de la obscuridad. Cuando se leen las memorias de Gourville y cuando se contempla la fortuna que hicieron los Dubois, los Alberoni, los hermanos París, mozos de posada, está muy lejos de parecer inverosímil la de Gil Blas.

Su lectura es moral del mismo modo que la experiencia. Lo demuestra al testimonio del censor Danchet que, en la licencia de imprimir, decía: «He hallado en esta obra pinturas agradables que pueden distraer el espíritu y rasgos á propósito para corregir las costumbres. «También da testimonio de ello Lesage en su prólogo: «Si lees mis aventuras sin tener en cuenta las enseñanzas morales que contienen, no sacarás fruto de esta obra.»

Pero su moral es divertida y no gruñona, y Lesage pasea por todos los vicios y los ridículos su maliciosa é imperturbable sonrisa, y su burla fina y dulcemente severa.

Formó escuela: pero los Gil Blas que le siguieron no se mantuvieron dentro de los límites de la delicada reserva que impidió á su amable

antecesor traspasar los límites del vicio culpable. Pueden llamarse descendientes de Gil Blas los libros de Smollet, el *Tom Jones* de Fielding, el *Blas* de Thomas Holcroft, el *Anastasio* de Hope, el *Pedro Claus de Clausbach* por Kniedgge, el *Gil Blas* alemán de Hertzberg, el héroe ruso de *Bulgarine* y, en Francia, el *Aldeano enriquecido* de Marivaux, el *Ruy Blas* de Victor Hugo, y *Julián Sorel* y *Rastignac*, y *Federico* de Flaubert, y por último *Bel Ami*¹; como se ve la descendencia es larga y corresponde á Lesage la gloria de haber creado un tipo dotado de vida tan intensa que ha podido difundirla y como prodigar algo de su alma á todos sus descendientes.

Mientras preparaba el *Gil Blas*, cuya publicación empezó en 1715, Lesage fué encargado por Ponchartrain de revisar, en cuanto á la dicción, unos manuscritos de Galland, una memoria acerca de una aventurera María Petit, la traducción de los *Mil y un días* de Petit de la Croix y otras memorias, á las que hace alusión la misma ocupación atribuida á Gil Blas.

En 1724 habían aparecido nueve libros de *Gil Blas*. Entre esta publicación y la de los tres últimos libros, publicó Lesage tres novelas nuevas, *Guzmán de Alfarache*, las *Memorias del Caballero Beauchêne* y *Estebanillo Gonzales*.

Guzmán de Alfarache es una imitación libre de una novela española escrita por Mateo Alemán en 1599 y traducida con frecuencia en francés, antes de Lesage, por Chapuis en 1600, por el gran Chapelain en 1619 y por Bremond en 1696. La traducción de Lesage data de 1632.

Es el tipo de la novela picaresca, trivial, de chistes algo fuertes y exagerados. Guzmán es un aventurero errante que anda á caza de primos; su alma está cargada de travesuras dignas de la horca; es un ganapán que pasa su vida en las prisiones y en las galeras. Es el héroe de la odisea de la hampa. Abandona muy joven á su familia para buscar fortuna por esos caminos. Se hace robar por los venteros, se alista en una banda de bribones; se le ve sirviendo ya como criado, ya como paje; inventa mil burlas de mal género como la de aplastar huevos en los bolsillos de los demás, ó de echar á los vestidos polvos hediondos, ó de atar á un convidado á su silla para que, al levantarse, se rompa las narices y las mandíbulas, ó la de echar á la calle á un cerdo furioso. Es el pícaro sucio, piojoso é innoble. Su comparación sirve para establecer la prodigiosa distancia que separa á Gil Blas de esos héroes tradicionales de la literatura española picaresca. La lectura de sus aventuras es un nuevo argumento en favor de la originalidad del héroe de Santillana².

1. Parece algo excesivo querer extender la filiación de *Gil Blas* hasta *Bel Ami* de Maupassant. (N. del T.)

2. Sin duda se figura el autor que todos los héroes de las novelas picarescas se parecen á Guzmán. Seguramente no ha leído á *Marcos de Obregón*, ni *El Donado Hablador* ni otras muchas obras del mismo género. (N. del T.)

En *Estebanillo González*, otra historia picaresca, Lesage puso algo más de su parte. Se inspira en el texto español, pero libremente y suprime y agrega lo que le parece. Limpia, jabona y pule al pícaro.

Á los catorce años es Estebanillo mancebo en casa de su tío el barbero, barre la tienda y lava los paños de la barba; no tarda en empuñar la navaja y ejercitarse en las mejillas de los parroquianos á quienes desuella y señala; riza los bigotes y quema los labios, sangra dando lancetazos que parecen lanzadas, entra de pupilo para hacer algunos estudios, pero renuncia á ellos; es criado de librea, cambia con frecuencia de amo, se hace paje, luego mancebo de botica y por último vendedor de pomadas; todo su relato se halla esmaltado de retratos divertidos, de tipos ridículos, de sátiras contra los médicos, de escenas llenas de animación, de cuadros vivos, tales como el de un pensionado lamentable y el antro de un nigromante; hasta contiene alguna tintura de historia tomada de la época de Gil Blas en el reinado de Felipe III de España, de donde resultan varias analogías en los relatos históricos entre *Gil Blas* y *Estebanillo*.

Las *Memorias del Filibustero Beauchêne* datan de 1732 y hubiéramos hablado de ellas antes que de *Estebanillo*, si no hubiera sido conveniente establecer la relación que existe entre los dos tipos de Estebanillo y Guzmán. El Filibustero Beauchêne es una novela de aventuras marítimas, de un género muy nuevo y curioso entonces, parecido al de Fenimore Cooper, de Mayne Reid, de Gustavo Aymard y Julio Verne. Beauchêne existió; murió en Tours en 1731. Dejó recuerdos, de que Lesage hizo uso para su redacción. Era hijo de franceses establecidos en el Canadá; su infancia fué turbulenta y se entretenía en matar con su arco á los gatos y cerdos; en busca de aventuras se alistó en una tribu de iroqueses y robó é incendió; reclutó una banda de algonquines al frente de los cuales se apoderaba de los fuertes y los saqueaba; entró luego á servir en una asociación de corsarios, se apoderó de barcos, fué capturado por los ingleses, atrozmente tratado en su prisión y sometido á un cautiverio cruel cuyo relato es dolorosamente patético, logró escaparse, volvió á embarcar y á perseguir á los ingleses; es una serie de aventuras conmovedoras, con descripciones de curioso exotismo, y ensayos de color local. Es una nota enteramente nueva que da un sonido desconocido hasta entonces.

El año en que apareció el *Gil Blas* en 1735, publicó Lesage al mismo tiempo un diálogo entre las tres Parcas, titulado el *Día de las Parcas*; es por el estilo del *Diablo cojuelo* una sarta de tipos é historietas. Las Parcas pasan revista á las existencias que han tenido que cortar ó iniciar y cada una de sus decisiones va acompañada del relato de alguna aventura ó anécdota relativa al sujeto que da lugar á ella. Á Lesage le gustaba ese género de marco sencillo que le permitía ir colocando

sus alusiones, anécdotas y recuerdos de que tenía abundante provisión.

El año siguiente apareció una gran novela, el *bachiller de Salamanca* cuyo nombre es don Querubín de la Ronda y que se parece mucho á Gil Blas. Como su hermano mayor, Querubín hace brillantes estudios, llega á ser muy distinguido contrincante en filosofía, ejerce el preceptorado y recorre toda la sociedad con su gramática bajo el brazo; entra en el ministerio y obtiene cargos importantes. Hace lo que no hizo Gil Blas, esto es un viaje á ultramar, pues va á Méjico, donde trata de esbozar algunos croquis muy mejicanos con bastante color local¹. Hay también en él una gran parte de fantasía que sirve para introducir en esta obra española la sátira de la sociedad francesa, como cuando imagina una academia de Indios en que se habla el *proconchi*, nombre con que se burla de la jerga de los preciosos, lo mismo que en el *Gil Blas*.

Sólo me resta señalar dos obritas. En primer lugar la *Valija encontrada* que apareció en 1740. El principio se parece á la historia del correo de Lyon. Cierta marqués de Normandía, paseándose en el bosque con algunos amigos, halla bajo las ramas el cadáver de un correo que ha sido asesinado. Á su lado está la valija llena de cartas. Nuestros paseantes las abren y las leen y nos encontramos de nuevo con el procedimiento tan caro á Lesage, que le permite hilvanar una serie de aventuras independientes entre sí, referidas por cada una de las misivas. Sus firmantes representan á todas las clases de la sociedad: un bailarín de la ópera, una criada normanda, un mancebo de barbería, un gendarme y hasta á un académico. Es una obra descosida; pero escrita en estilo encantador, y que manifiesta una vez más la gran cantidad de anécdotas que poseía Lesage.

Las que no le sirvieron en ninguno de sus precedentes libros las reunió en el último volumen, simple colección de rasgos, de frases ingeniosas, de recuerdos y de historietas que tiene el título de *Miscelánea entretenida*. Allí acabó de vaciar su saco y se encuentran en sus páginas indicaciones bastante interesantes acerca de Lesage mismo y de sus contemporáneos.

Tal es la obra de nuestro escritor². Llena su vida, que por otra parte no ofrece muchos incidentes. Habitó en París sucesivamente calle du Vieux-Colombier, en el pasaje de la Foire Saint-Germain, en el muelle del Reloj y en el faubourg Saint-Jacques, en una casa que describe en esta forma un contemporáneo:

1. Probablemente debió inspirarse en los *Diálogos* sobre la vida en la capital mexicana publicados en París por Cervantes de Salazar. (N. del T.)

2. El autor omite aquí la traducción del *Quijote* de Avellaneda. Lesage hizo mal en asociar su nombre á una obra anónima que fué una mala acción, una especie de puñalada asestada por la espalda al insigne Cervantes.

Su casa se halla en París, en el faubourg Saint-Jacques, y de esta suerte se encuentra bien expuesta al aire del campo. El jardín se presenta á la vista del modo más lindo que jamás he visto en ningún jardín de la ciudad. Es tan lindo como pequeño, y cuando Lesage se encuentra en el gabinete del fondo, se halla por completo alejado del ruido de la calle y de su propia familia. Dicho jardín tiene sólo el ancho de la casa, la cual da desde luego á una especie de terraza plantada con variedad de flores de las más escogidas.

De allí se baja por una fila de escalones que hay á ambos lados á dos cenadores, cada uno de los cuales se halla contiguo á un cuarto de verano en el fondo del jardín. Están unidos entre sí por una galería cubierta cuyo techo sostienen algunas columnitas de modo que nuestro autor puede ir á cubierto de uno á otro cuando no está escribiendo. Los cenadores están cubiertos de pámpanos y de madreseña y el intervalo que los separa forma una especie de bosquecillo.

Frecuentaba por la noche un café cercano, donde regalaba á sus amigos los parroquianos con las anécdotas que poseía en gran abundancia.

En 1743, ya anciano, Lesage abandonó á París y fué á vivir á casa de uno de sus hijos, canónigo en Boulogne-sur-Mer, n.º 3, calle du Château.

El gobernador de la provincia era el conde de Tressan que, en una larga carta muy conocida, nos ha dejado detalles acerca de los últimos días de Lesage que se había quedado sordo.

Se ve en dicha carta que Lesage era un sordo ingenioso y filósofo. Iba con frecuencia á comer á casa de un amigo, el abate Voisenon, que dice también de él:

Es el primer sordo alegre que he conocido; su alegría es hasta cáustica y parece hasta regocijarse de su achaque; no oye sino con ayuda de una trompetilla. «He aquí mi bienhechor, me decía un día sacándola del bolsillo. Voy á una casa, hallo caras nuevas y me figuró que habrá gente de ingenio; entonces hago uso de mi trompetilla; observo que son simplemente tontos y la vuelvo á guardar diciendo: «Os desafío á que me fastidiéis.»

Lesage murió el 17 de noviembre de 1747, á los 79 años. El conde Tressan asistió á los funerales con todo su estado mayor. La tumba del inmortal autor de *Gil Blas* ha desaparecido. Desde 1892 se yergue su estatua en la plaza de la Rabine de Vannes.

Su memoria no recibe hoy los honores que debería si nuestra época fuese una época de justicia. Debería adornar una lápida conmemorativa una de las casas que habitó. Sólo existe en París un busto suyo, en la colección de mármoles de la Comedia francesa. Sus obras se reimprimen rara vez después de haber tenido un número considerable de ediciones.

Lesage, Marivaux y el abate Prévost forman el trío de novelistas famosos de la época. Ya he hablado de Lesage. En cuanto á Marivaux, se tratará de él á propósito del teatro, muy superior á sus novelas.

Ahora voy á hablar del abate Prévost.

El abate Prévost (1697-1763) que ha sido inmortalizado por el nombre de Manon Lescaut, fué un abate bastante extraordinario que pasó por todas las transformaciones; fué jesuita, artillero, monje, por último periodista y siempre galanteador. Nacido en Hesdin, en Picardía, vaciló primero entre el claustro y el cuerpo de guardia, se escapó después de los benedictinos y huyó á Inglaterra; allí admiró la libertad política y comprendió á Shakespeare de quien tomó á veces la afición á las aventuras sombrías y horribles.

El abate Prévost representa para el público la gracia fresca é infantil personificada en Manon, la graciosa y astuta doncella, é igualmente el amor libertino. Sin embargo no es eso. Lo mismo sucede con esto que con el juicio que se suele formar acerca de sus obras y con las leyendas con que se halla envuelta su vida. Hay que revisarlo todo. Empiezo pues por decir que Prévost no mató á su padre ni le hicieron la autopsia hallándose en estado letárgico. Esto está fuera de duda. Sin embargo, seguirá dándose crédito á la leyenda. Los partidarios de la incineración seguirán citando el caso del abate Prévost á quien se dió por muerto y á quien hizo volver en sí el escalpelo al hacerle la autopsia.

Lo que más llama la atención, al leer sus obras, es el carácter romántico y espantoso de las invenciones de aquel fecundo novelista: *Cleveland*, *el Dean de Killerine*, *Historia de una Griega moderna* é *Historia de Viajes* son todas obras que los contemporáneos estimaban en el mismo grado que á *Manon*. La posteridad ha sacado á *Manon* de entre sus demás compañeras, sin duda porque es la más pequeña y portátil de sus novelas. Pero nuestros antepasados estimaban igualmente las demás.

Fué el primero que supo apreciar en Francia al célebre Shakespeare, cuyo instinto por lo horrible y lo espantoso suele compartir:

Vi, dice uno de sus personajes, una multitud de espectros que me rodeaban. La tierra donde andaba estaba cubierta de cadáveres medio podridos.

Tal es la alfombra que suelen hollar con frecuencia su personajes.

1. Sabido es que el célebre P. Coloma, autor de *Pequeñeces*, al revés del abate Prévost, empezó siendo brillante artillero antes de vestir la sotana de jesuita. (N. del T.)